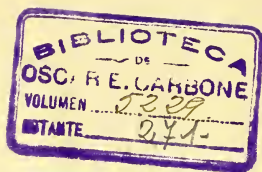


INVASIONES  
INGLESAS

1807

401 M.

Dec 8.



John Carter Brown  
Library  
Brown University



Quedada 101

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

# DISCURSO

QUE EN JUNTA GENERAL DEL VENERABLE  
Clero de la ciudad de la Plata, celebrada en 18 de Agosto  
de 1807 para abrir una subscripcion voluntaria

H01

A FAVOR

DE LAS FAMILIAS POBRES DE LA CAPITAL  
de Buenos-Ayres que quedaron huérfanas de resultas de los  
sangrientos combates con los ingleses, verificados en los  
dias 2, 3, 4, 5 y 6 del próximo Julio;

PRONUNCIÓ

EL Dr. D LUIS MARIA DE MOXO Y DE LOPEZ,  
*Provisor y Vicario General del Arzobispado.*

---

**L**AS viudas y los huérfanos de los ciudadanos que mu-  
rieron en la capital de Buenos Ayres en los últimos san-  
grientos combates con los ingleses, excitan toda la sensi-  
bilidad del paternal corazon de nuestro Ilustrisimo y amá-  
bilisimo Prelado. Y deseoso y cierto de hallar en la tierna  
compasión y notoria caridad de su amado Clero, unas  
ideas y unos sentimientos enteramente conformes á los  
suyos; me há mandado convocar hoy á Vrsas, convidán-  
dolos en su nombre á una subscripcion ó donativo volunta-  
rio para socorrer á aquellos infelices, que siendo tan  
acreedores al publico reconocimiento de todos los que  
aman la patria, lo son muchisimo mas á la singular pie-  
dad y especial proteccion de los ministros del evangelio!

401  
 Conozco, Señores, los tiernos y generosos afectos que humanidad afligida inspira y ha inspirado siempre al venerable clero de esta metrópoli: y así confieso ingenuamente y con la mayor complacencia, que le haria una grande injuria, si llegaba á dudar por un solo momento, que individuos procurarán ahora esmerarse como á posar contribuir con los posibles auxilios, para que se llenen completamente y sin demora los piadosos y ardientes votos de su Señoría Ilustrísima.

Con efecto: ¿qué objeto puede presentarse mas digno de nuestra religiosa caridad y compasion? ¿Qué motivo mas justo para que exercitemos todo nuestro zelo, aquel amor, aquel dulce interes para con los desvalidos que caracteriza á un honrado ciudadano, á un verdadero patriota, y mas particularmente á un digno eclesiástico? Y ¿como será posible que al ver fluctuar en las agonias la estrechez y de la pobreza á los hijos y á las esposas de nuestros hermanos de Buenos Ayres; de los ilustres hermanos de Buenos Ayres, que perdieron un mes há sus vidas en defensa de la patria, que es decir, en defensa de todos nosotros; no se conmuevan intimamente nuestras entrañas; que movidos de un tierno pero casi irresistible impulso, alarguemos hácia aquéllas respetables familias las manos para derramar en su seno una parte de nuestros tesoros?

Las viudas y los huérfanos de los españoles que á principios del último Julio quedaron tendidos y exangües en las riberas del caudaloso Rio de la Plata, tienen, Señor, ¿quién podrá negarlo? Tienen, digo, un derecho incontestable á toda nuestra gratitud y proteccion, no tanto porque son unos miembros de la sociedad flacos y desvalidos; quanto porque son unas reliquias preciosas, unos amables restos de los generosos defensores de nuestra libertad nacional, de nuestra existencia politica, de nuestros pasados y presentes timbres, de nuestras riquezas; sobre todo, de nuestros templos, de nuestro culto, y de una palabra, de nuestra patria, y de esa divina y eterna religion, que forma el consuelo y la gloria principal de

los verdaderos españoles, ya sean europeos, ya americanos. En el alivio, pues, y socorro de aquellas familias, á quienes ha llenado de la mayor amargura; de aquellas familias que han quedado desoladas en medio de la comun prosperidad y alegría, debemos nosotros manifestar hoy, tan grata y dulce nos sea la memoria de unos vecinos, de unos soldados voluntarios los cuales á imitacion de aquellos Israelitas de quienes se habla en el sublime canto de Débora, de propio grado expusieron á peligro sus vidas para ir á combatir contra los enemigos del Señor; de unos voluntarios, vuelvo á repetir, cuyos cadáveres mismos son en cierta manera otros tantos fortísimos escudos, cuya benéfica sombra debemos prometernos, que reynará por mucho tiempo en estos países el sosiego y descanso, se conservarán perpetuamente en el dominio español estas lejanas é importantísimas colonias.

Y para persuadirnos mas y mas de esta verdad, fíjense, Señores, la vista en nuestros atrevidos é incomparables guerreros, en el critico momento en que se avistaron desde las torres mas altas de Buenos Ayres las ciento y diez y seis velas enemigas que con gruesa y bien pertrechada artillería y con mas de ocho mil hombres de tropas veteranas, se dirigian á las inmediaciones de la capital para atacar aquellas hermosas quintas y fertilísimas campiñas; para echarse sobre la ciudad; degollar sus moradores; saquear las casas; profanar y robar los templos; y pisar y oilar con pies sacrilegos quanto tiene de mas venerable y augustó nuestra sagrada Religion. Vedlos en este, que para otros hombres menos animosos hubiera sido tan temible instante; vedlos digo, como inflamados de un verdadero patriotismo, de un fino amor al Rey y á la nacion, y de un ardientísimo zelo por la gloria de Dios y de su Santo Nombre, se arrancan del seno de sus familias, y corren presurosos y con las armas en las manos al campo de batalla.

Ah! Ellos podian haberse retirado con tiempo á algu-

40.  
4  
nos lugares y aldeas no muy distantes, donde en compañía de sus esposas, de sus hijos y amigos les hubiera sido fácil ponerse à cubierto de la horrible borrasca que amenazaba tan de cerca á la patria, y hubieran evitado la muerte. Pero no: el honor, los lamentos de la religion, y el corazon y pecho español no les permitió permanecer, ni por un solo instante, espectadores frios è indiferentes de las publicas aflicciones y calamidades. Se presentaron antes bien con indecible denuedo á sus respectivas banderas, para vengar á sus paisanos, á su ley, á su Monarca, y á su Dios: dando á la misma Europa atonita, una prueba incontestable de lo que puede en los animos marciales y generosos de nuestros paisanos el verdadero amor de la patria.

Contempladlos en los dias 2 y 3 del pasado Julio, quando estando acampados al otro lado del importante puente de Barracas, presentan con singular ardimiento por tres veces distintas la batalla, que el enemigo reusa aceptar ó por temor ó por estratagema. ¿No reparais cómo en su rostro resplandece aquella serenidad, aquella constancia, y aquel ayre de confianza y de seguridad que tanto se recomienda en los militares veteranos y mas experimentados? Contempladlos tambien en el dia 5 del propio mes ved como desfilan por las principales calles de la capital como ocupán y fortifican las plazas; como suben á los terrados y azoteas; como cargan y asistan los cañones de fuerte y arrastran la artilleria volante, esperando de pie firme al exercito europeo, que abanza ya à marcha redoblad para forzarlos. ¡Orgullosos y temerarios isleños! Vosotros conocereis en breve y á pesar vuestro, quan difícil es amedrentar á tan honrados, tan fieles y tan valientes ciudadanos. Con efecto, pocas horas despues quedó confuso, arrollado y rendido el enemigo: y la patria libre, victoriosa y cubierta de gloria; aunque llorosa y triste por la muy lamentable perdida de algunos centenares de sus mas benemeritos hijos.

Permitidme aqui, Señores, que no pudiendo yo tam-

poco resistir á las vivas sensaciones del dolor del afecto y del reconocimiento, exclame como si me hubiese hallado presente en el combate. ¡O españoles mágnanimos! O esclarecidos y dignísimos voluntarios! Moristeis, sí; pero después de haber hecho correr por los arrabales de vuestra ciudad la sangre de millares de tiranos. Moristeis, pero con vuestra para siempre memorable muerte, habeis logrado la incomparable dicha de ser los redentores de esa misma patria á quien vosotros tanto amabais, y de quien tanto erais amados; de esa patria, en cuyo maternal regazo abristeis por la primera vez los ojos para ver la hermosa luz que vivifica la naturaleza: de esa afortunada patria, que os alistó al nacer en el numero de los fieles y amantes vasallos del mejor Sobérano: de esa religiosísima y por tantos titulos querida patria, en donde recibisteis con el divino y saludable baño de nuestra regeneracion la fé, que os ha hecho hoy obrar tantos prodigios; la fé que ha sido vuestro principal apoyo y consuelo mientras habeis vivido, y que trasladandoos ahora á las regiones celestes, inunda ya, é inundará perennemente vuestras almas con las satisfacciones y dulzuras que están reservadas para los que saben, como vosotros, arrojar la vida en cumplimiento de sus mas sagrados é indispensables deberes. ¿De quanto honor, de quanto consuelo no debe servir á vuestros parientes, á vuestros amigos, á vuestros paisanos, contemplar como en el mismo lecho fúnebre teneis aun adornadas las sienes con la corona civica, en señal de que fuisteis sus firmes defensores hasta el ultimo aliento, y preferisteis caer en su presencia traspasado el pecho con muy honrosas heridas, á una fuga vergonzosa é indigna de ellos y de vosotros?

Ah! Señores: ¡qué día hubiera amanecido tan aciago y lamentable para nuestra dulce patria; que época tan funesta hubiera empezado á correr para Buenos Ayres y para todo el Perú; en que escena de horror y de llanto hubiera envuelto á nuestra divina religion, y á sus respetables y sagrados ministros, si la suerte de aquel decisivo combate

40  
6  
nos hubiera sido contraria! Y ¿quién sino el dedo del Altísimo obró á nuestro favor este gran prodigio? Y ¿quién sino los dignísimos conciudadanos que nombramos poco ha, fueron los instrumentos principales de que se valió para nuestra comun salud y felicidad su diestra omnipotente?

Pero baste ya de exclamaciones, aunque tan sinceras y tan debidas al extraordinario y raro mérito de aquellos nuestros hermanos difuntos, y atemos otra vez el hilo de nuestro discurso que voy á concluir.

Yo hallo, Señores, que la naturaleza ha puesto en lo mas intimo de nuestros corazones, no sé que ternura y amor por lo que toza de cerca y tiene alguna íntima relacion con la patria, de cuyos sentimientos se ha hecho en todos los siglos y en todas las naciones una especie de piedad y religion. Esta piedad hace seguramente honor, y sirve por sí sola de bastante premio y recompensa á los que como vosotros sienten sus amables y poderosos estímulos. Y así para excitarla y encenderla ahora mas y mas en vuestros agradecidos corazones, me bastará sin duda acordaros, que los que la imploran son los hijos huérfanos, son las queridas y desoladas esposas de aquellos mismos inmortales varones que acaban de sacrificar su vida por nosotros; de aquellos heroes americanos que con su tragica pero envidiable muerte han impedido que fuesen hollados los respetos del sacerdocio y del templo, y profanadas las costumbres y leyes de nuestra nacion: hijos desvalidos y casi sin apoyo; viudas que no tienen en su extrema afliccion otro recurso ni esperanza que las lagrimas: criaturas desgraciadas y debiles, de quienes no podemos exigir sino una especie de crueldad aquella magnanima resolucion con que escribia el Apostol S. Pablo: *yo sé tolerar con alegría la hambre, y pasar sin ninguna de las conveniencias y comodidades de la vida.*

Venerables Eclesiásticos de esta santa y vastisima Diócesis: la virtud mas esencial y recomendable de vuestro estado, es tener como de asiento la caridad y beneficencia en el fondo del alma. A vosotros, á vosotros pues

os recomienda la patria por la voz de nuestro sensibilísimo Prelado y mira éstos tan sagrados e interesantes objetos de vuestra compasión. No permitais, os ruego, que resuene el ayre por mas tiempo con el agudo llanto del delicado niño, y con el penetrante sollozo de la afigidísima madre y esposa. Proteged sí, proteged á esos amables huérfanos, socorred con vuestras limosnas á esas respetables viudas. Vuestro exemplo conforme decia el Apostol á los Corintios, excitará el zelo de otros muchos; y de este modo el dulce, el celestial rocío de la divina misericordia caerá con abundancia sobre vosotros; y vuestra limosna, como una semilla excelente que prende en tierra fértil, dará ciento por uno, y podrá decirse de vosotros lo que está escrito del justo: *el ha distribuido, el ha dado al pobre; su justicia vive eternamente.*

Y finalmente para acabaros de persuadir y enternecer, escuchad por un momento lo que os dicen vuestros inmortales defensores. Desde el ara de la patria en donde han sido inmolados, os hablan con más viva eloquencia que á los austeros Espartiastas aquellos trescientos republicanos que mantuvieron el famosísimo estrecho de las Termópilas, contra el ejército innumerable del impio y orgulloso Persa. *Aquí yacemos, dicen, por sostener y obedecer las santas leyes de la patria: tened pues especial cuidado de nuestros hijos y de nuestras familias que os dexamos como en tutela; y así conoceremos que os ha sido agradable nuestro sacrificio.*

Sí, guerreros valerosos, cuyos postreros alientos han hecho temblar en estas costas á todo el poder británico: cenios tutelares de la nacion: caras sombras de nuestros hermanos: vosotros que con vuestra muerte nos habeis conservado en estos remotos países ileza la santa Religion de nuestros mayores, ileza nuestra patria, nuestra vida, nuestras propiedades, y el feliz y justísimo imperio de nuestro muy amado Monarca; levantad esa loza fría que prime ahora vuestras venerables cenizas: dexaos ver lo menos por un instante en medio de esta religiosísima asamblea, y recibireis con abundancia sus mas tiernos y

sinceros agradecimientos; recibireis sus inflamados votos y repetidas bendiciones; y vereis con que ansia y con que anhelo todos los individuos del venerable Clero de la Plata acuden como en competencia á poner sus nombres en la subscripcion, que de orden de nuestro piadosísimo Prelado y vuestro apasionadísimo bienhechor y padre, tenemos abierta, para socorrer á vuestras esposas y á vuestros hijos, traspasados de congoja y dolor con vuestra subita ausencia.

Almas para siempre gloriosas! Descansad en paz en aquellas hermosas mansiones, donde el Eterno os ha coronado ya con la palma del triunfo: que los cuidados y las zozobras que naturalmente inspira á los mortales el paternal cariño, nunca os perturben, nunca os inquieten en vuestra inalterable felicidad. La manutencion, el apoyo y amparo de vuestras familias queda desde ahora á nuestro cuidado. Vosotros, que nos habeis conservado tan generosamente la religion, los bienes y la vida, dormid con el sueño de la muerte; pero con un sueño suave, apacible y tranquilo; mientras que nosotros en obsequio y reconocimiento de vuestra indeleble, y en algun modo tanta memoria, vamos con indecible gusto á verificar la patriótica y tan merecida subscripcion para la que hemos sido llamados.

Hé dicho.



---

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES.

---

BUENOS-AIRES:

En la Real Imprenta de los Niños Expósitos:  
Año de 1807.

